

Finalmente, la precisión del estudio llevado a cabo por Conde Soldevilla, le permite establecer una delimitación de las diversas áreas léxicas riojanas, como ya hemos comentado en líneas anteriores. No obstante, la variedad que caracteriza al léxico agrícola y el cruce de isoglosas provocado por la extensión de las palabras, hacen que ésta no sea una tarea fácil.

En resumen, se trata de una obra que, tal y como la autora se había propuesto, viene a llenar con brillantez ese vacío existente en la bibliografía lingüística riojana –al menos en lo que a léxico agrícola se refiere–. Esperemos que, siguiendo las palabras de G. Salvador, para quien «un atlas no es más que una colección de materiales para el estudio», este trabajo se convierta en uno de muchos otros que analicen lingüísticamente esta región.

Carolina Matellanes Marcos

ESTEBAN, Ángel, *José Martí, el alma alerta*, Granada, Comares, 1995, 255 pp. (ISBN: 84-8151-231-1)

Dos partes fundamentales tiene este libro. En la primera, el autor, reconocido especialista en la obra de Martí, se ha fijado más en la vinculación del escritor cubano con el modernismo. Después de una amplia y documentada revisión de lo que representa el fenómeno en el mundo hispánico, se interna en la explicación de cuánto pudo influir Martí en Pérez Bonalde (y su célebre «Poema del Niágara»), en Juan Ramón Jiménez y en Unamuno.

La aplicación del esquema de relaciones e influencias pudiera parecer un ejercicio anacrónico de crítica literaria. Sin embargo, el propósito de estas páginas se justifica si pensamos que todavía hace falta reivindicar, a estas alturas, a José Martí como uno de los nombres indispensables de la modernización literaria en castellano. Por eso, no es vano poner de relieve su anticipación de problemas compartidos con pilares de la poesía española: la figura del poeta como veedor privilegiado; la unión entre religión, libertad y poesía; la proposición de una poesía que anude lo ético con lo estético; la abdicación de reglas preestablecidas, etcétera.

El capítulo dedicado a las relaciones entre Juan Ramón Jiménez y Martí manifiesta las afinidades teóricas entre uno y otro, aunque el cauce del que ambos beben es Bécquer. A pesar de los testimonios aducidos en el texto, parece concluirse que el de Moguer aprendió más del Martí prosista que del poeta. Así ocurre, por ejemplo, con el artículo del cubano sobre Whitman que Juan Ramón conoció y apreció. Sin embargo, sólo se puede conjeturar si leyó *Flores del destierro* o *Versos sencillos*. A pesar de ser tan plausible la influencia que estos libros pudieron ejercer, no hay declaraciones de Juan Ramón al respecto. Aunque no se subraya de forma directa, cabe concluir que al Martí poeta se le conoció poco y mal en nuestro país tras su muerte.

Una cuestión interesante que sale casi al margen del estudio de estas relaciones es la oportunidad de revisar la concepción del modernismo como herejía literaria y teológica que sostenía Juan Ramón Jiménez. Sin negar la trascendencia de la definición juanramoniana y la fuerte huella que la obra de un Loisy dejó en muchos modernistas, empezando por Juan Ramón, Ángel Esteban apunta algunos reparos (108-112). En primer lugar, la encíclica *Pascendi* sólo se ocupa de aspectos teológicos y no condena en ningún momento la literatura, como aseguraba Jiménez; por otro lado, y esto es tal vez más importante, mientras que la «heterodoxia» literaria durante la época es general, no ocurre lo mismo en el seno de la Iglesia, en donde no es difícil topar con escritores «modernos» que, no obstante, se sienten próximos al dogma. El modernismo catalán o el caso de Blondel sirven de ejemplo.

Ahora bien, más aún que el autor de *Eternidades*, fue Miguel de Unamuno un fervoroso admirador de Martí. En el libro se esbozan algunas constantes de interés (137-148). La principal de ellas es el modernismo en sentido amplio de ambos. La poderosa influencia del krausismo y sus repercusiones en el campo de la creación literaria obraron en ambos escritores dotándoles de una inquietud espiritualista más o menos semejante. También se advierte que Unamuno conoció muy bien libros como *Versos libres* y *Versos sencillos*. Sin embargo, el lector puede echar en falta un desarrollo más amplio de esta idea. Los endecasílabos hirsutos de Martí bien pueden asimilarse a los no menos agrestes de don Miguel. En cualquier caso, habrá que esperar para otra ocasión un estudio en profundidad de los paralelos e influencias entre

Martí y Unamuno, de la misma manera que Ángel Esteban hizo lo propio con Bécquer y Martí en un libro anterior a éste.

La parte más interesante y original de *El alma alerta* es sin duda la segunda. Ángel Esteban plantea la noción de «otredad realizativa», extraída de la antropología filosófica, para interpretar bajo nueva luz algunos textos martianos fundamentales. Toma como punto biográfico de partida la etapa aragonesa de Martí (1871-1874). La falta de rencor hacia el pueblo español que exhibe Martí en sus *Versos sencillos* tiene su origen en su estancia de tres años en Zaragoza, donde estudió Filosofía y Letras. «Toda su producción aragonesa, y las posteriores referencias a esa época, en cualquier género literario, podrían resumirse en la identificación existencial con el otro, es decir, la alteridad realizativa, y el crecimiento existencial propio (o alteridad desde uno mismo), apoyadas en la cuestión cubana de la libertad y la independencia» (161).

Siguiendo la estela crítica de José Olivio Jiménez, en este libro se ofrece un Martí existencialista que, a partir de la idea de realización personal mediante la identificación con el otro, va creciendo en hondura y complejidad con cada libro y cada etapa de su vida. Así, tras el capítulo dedicado a la obra y a la imagen de Aragón, se estudia el papel del hijo en *Ismaelillo*. Ese hijo que se convierte en padre del poeta, porque él «rehace» su vida. Seguramente esta obra es la que mejor expresa la idea de «ser otro para ser uno» y, por tanto, la que de forma más plena propone la otredad realizativa.

A su vez, los *Versos sencillos* añaden también un matiz importante a la visión existencial de Martí: el sentido redentor del sufrimiento. Este se presenta como motivo de elevación y de progreso espiritual, a la vez que también es «engaño mortal». Es decir, existe también un dolor negativo, que nace de la traición a los ideales. En esta dualidad se mueve Martí y la concreta mediante las constantes referencias a la lucha por la independencia cubana. Esta es la que da sentido existencial a su dolor y la que le permite entender sus padecimientos como parte necesaria del camino de perfección personal y colectiva.

Con paciencia, con sensibilidad, con erudición, el texto va hilvanando datos biográficos con comentarios estilísticos para concluir por donde comenzamos: Martí es un gran poeta existencial, con una sólida visión ética de su misión en el mundo. No es un «poeta senti-

mental», como desdeñosamente escribió Rodríguez Monegal alguna vez. Muy al contrario, el análisis de su poesía o de sus cuentos bajo la óptica de la doble otredad realizativa revela un universo filosófico ajustado a su época y, al mismo tiempo, suficientemente profundo como para seguir siendo actual.

Javier de Navascués

MONTALDO, Graciela, *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural*, Rosario (Argentina), Beatriz Viterbo, 1993, 142 pp. (ISBN: 845-007-X)

La obra constituye un recorrido por una serie de autores y textos reconocidos de la literatura argentina a fin de indagar en las claves ideológicas que han desarrollado el tema del campo como un signo de identidad nacional. En otras palabras, se ha pretendido mostrar cómo han reaccionado los escritores argentinos frente a una realidad natural que ha acabado por hacerse tradición cultural.

Las interpretaciones sobre el espacio pampeano varían mucho desde las primeras aproximaciones de los románticos hasta las versiones recientes de César Aria o Juan José Saer. Con particular morosidad, el estudio se detiene en autores vinculados a la época del Centenario de la República y las décadas del Veinte y Cuarenta. No es por casualidad: en esa época, particularmente fértil para la literatura argentina, el «modus vivendi» del campo se siente ya como algo pasado, debido a la magnitud modernizadora de la vida en la gran capital, en Buenos Aires.

Al principio, durante el siglo XIX, los primeros textos argentinos de relieve expresan la franca discordancia entre la vida urbana y la rural. No hay posibilidad de encuentro ni de identificación entre una y otra. Si la pampa se concibe como un gran vacío cultural, el reto de los escritores románticos argentinos será llenar ese vacío en el futuro de alguna manera: es decir, modificarlo según los patrones europeos. Sólo a fines de siglo la obra de Joaquín V. González comienza a crear el mito del paisaje y del hombre que se funde en él: el gaucho, hijo legítimo y original de la pampa.